

reconocimiento oficial que siguen siendo—y séanlo por muchos años—muy discutidos. Como no se entregan al primero que mira si no al último que ve, carecen de asidero posible para el aficionado *sensato* y menos para el profesional rutinario, que suele comprimir todas las dimensiones estéticas, en las angosturas del tubo de color.

Ya se nos alcanza que para discernir a un gran artista hay que poseer esa sensibilidad de doble fondo que no se excita exclusivamente por las adulatorias de la sensación externa y el trasunto objetivo que nos envuelve, sino también por los espectros del *sub* y las sorpresas del modo... A medida que el arte se intensifica, se aproxima más a los videntes que a los mirantes. Entonces, hay que tener para comprender una vida interna «grave y fluida» con su correspondiente laberinto; cultura de siglos, de muecas y de conceptos, y percepción original de lo contradictorio. Al fin, estas cosas, libres y anárquicas, se ordenan solas y más fácilmente de lo que parece en cualquier sistema crítico. Y surge de ellas, espontánea, sin darnos cuenta, la verdad que necesitamos en momento oportuno.

Naturalmente, estamos acostumbrados al prójimo hermano que dice ante un cuadro del Greco: «¡Qué figuras más *desdibujadas!*» Y ante un retrato de Moreno Carbonero: «¡Qué bien está. Se sale del cuadro!» En nuestra tolerancia—suelen ser periodistas—hasta les sufragamos sus ansias del arte *que a mano viene*, con alguna concesión de palabra o de espíritu. Mal hecho. No nos quejemos después del sentir popular. Al fin y al cabo, ellos están en su papel. Deben ser así, porque si no, no serían multitud. (¡Sería horrible ver al público grande todo viciado de exquisitez!..) Pero nuestro papel es necesariamente el opuesto. El minoritario. Y en él actuamos.

Volvamos, pues, a Solana.

Solana ha presentado en el Salón de Otoño cinco obras. Dos retratos, un lienzo grande, «Corrida de Toros», y dos de tamaño medio, «Procesión en Toro» y «Rogativa».

La «Corrida», que es el más importante de los cinco (por su magnitud y prestancia, pero no a nuestro juicio por su calidad total) desarrolla audazmente esa gracia fúnebre, impasible con que Solana argumenta el espectáculo taurino. Vemos seis o siete caballos en el ruedo y una colección de lidiadores completamente arbitraria como la lidia que le dan al pobre cornúpeto, muy entretenido en destripar un caballo blanco, cuyos cuartos traseros chorrean sangre. Leído el cuadro con detenimiento y por fragmentos aislados, observamos que tiene trozos magistralmente pintados. El pincel ha corrido solo muchas veces, sin preocupaciones, y así salió lo mejor de la empresa.

La «Rogativa» es, sin disputa, uno de los mejores cuadros del autor. Parece que en él ha llegado a plena confianza su fantasía, mezclando de extraña manera el tema religioso, sombrío y alucinado, con un profundo equilibrio en la composición, cosa no muy frecuente en Solana. El lienzo es límpido, severo, un poquito duro, maravillosamente orquestado en entonaciones de bases ocre y sienas. El asunto, un paso de la Virgen,alzada en medio del campo por cofrades y encapuchados. Al fondo se ve un cielo cerrado y turbulento, con esa lividez particular que antecede a la tormenta. Dos encapuchados cónicos a la izquierda del grupo, con trajes verde claro sobre suelo amarillento, elevan en alto sus trompetas, en un resplandor de luz. Difícilmente encontraríamos, ni aun en la propia obra de Solana, un atisbo del sentimiento religioso-dramático en España, mejor sorpren-

dido que éste. Ni pictóricamente una disposición del color y del dibujo más acertada. «La procesión en Toro» es otra nota aguda, rica, pastosa, abigarrada. En ambos cuadros el «carácter» está ya exasperado hasta lo sublime. Son gritos violentos, llamas de emoción viva...

La técnica solanesca es, a pesar de su apariencia uniforme, varia y compleja, influida por los artistas más alejados de su personalidad en otros aspectos. En los tonos de lo que los venecianos llamaban «colorido medio» recuerda al Tintoretto por sus morados ardientes y sus amarillos de ámbar, aunque no lo recuerde lo mismo por la frescura del color, ni por la habilidad en el clarooscuro. En los grises hay que volver al Greco para encontrar algo semejante o más próximamente a Rosales, de quien tiene un tercio de paleta.

En cuanto a contenido ideológico, en el arte español, Solana continúa con Goya el panorama universal, donde le situaríamos en una geografía caprichosa, limitando al Norte con Brueghel, al Sur con Quevedo, al Este con Tintoretto y al Oeste con Santiago de Compostela... Su españolismo esencial es lo que le proporciona carácter de trascendencia. Si en la historia de la pintura española se suprimiese a Sorolla, ahí nos quedan infinitos sucedáneos en la llamada escuela valenciana. Si se borrara a Zuloaga, el Museo del Prado, con el tríptico Velázquez, Greco, Goya, por el pintor vasco mixtificado nos (acusándole) respondería por él. Si restásemos Angladas, Chicharros y Beneditos, poco o nada se habría perdido de nuestro espíritu prosapio. La infiltración—en otros órdenes beneficiosa para el arte peninsular—de París y su impresionismo y la cultura estampada de Europa reharían los tipos de pintores que han ido gastándose desde 1900 hasta 1923. Serían mutilaciones muy dolorosas, pero no heridas de muerte. En cambio, si suprimiésemos a Solana media conciencia española, se hundiría en las tinieblas. Esto es también con relación al pasado, lo que ocurriría si se anulase el genio de Goya.

La obra de Solana es expresiva y documental, como «La vida de Pablos», la cruz del beato Obregón y el corte de mangas de Fernando VII. Sus alcances de humorismo y pasión, el gran suceso del Arte de nuestra época, en nuestro país.

OTROS EXPOSITORES

Brevemente enumeraremos algunas otras obras de digna mención entre la turbamulta desagradable de este saldo otoñal del Retiro. Un «Apache», de Picasso, que si es de veras de Picasso pertenece a su pristina vacilación carrieresca. Algunos paisajes de Llorens, Antonio Esteve y Gómez Alarcón. Varios retratos (tres) de Gustavo de Maeztu. Otros (dos) elegantes, pero demasiado cristalinos y *cocinados* de León Astruc. «La señorita P. E.» y «La señorita A. M.», de Navarro, efectistas, ajustados y gratos a la retina. El pintor sevillano Grosso. En Escultura Vicent, Asorey con una excelente talla policromada y Chicharro Gamó. De la Sala de Recuerdos, recordamos poco. No faltan los bocetos de Rosales (¿dónde tendría tantos bocetos Rosales?) ni los inevitables Madrazo de cualquier colección particular, ni un Lucas, dos Lucas, tres Lucas... ¡muchos Lucas!

ANTONIO ESPINA.

¡Lector: si quiere usted proteger eficazmente al semanario ESPAÑA, suscríbase!